

# **Martín Rücker y José María Caro: dos sacerdotes frente a la “Cuestión Social,” Chile (1910-1935).**

Sánchez y Karin.

Cita:

Sánchez y Karin (2013). *Martín Rücker y José María Caro: dos sacerdotes frente a la “Cuestión Social,” Chile (1910-1935)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/543>

**XIV Jornadas  
Interescuelas/Departamentos de Historia  
2 al 5 de octubre de 2013**

**ORGANIZA:**

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 64

Título de la Mesa Temática: Catolicismo y cultura política en Argentina y América latina contemporáneas

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Elena Scirica y Marta Rosa Borín

**MARTÍN RÜCKER Y JOSÉ MARÍA CARO: DOS SACERDOTES FRENTE A  
LA “CUESTIÓN SOCIAL.” CHILE (1910-1915)**

*Karin Sánchez Manríquez*

*The University of Texas at Austin*

*karinsanchez@utexas.edu*

# MARTÍN RÜCKER Y JOSÉ MARÍA CARO: DOS SACERDOTES FRENTE A LA “CUESTIÓN SOCIAL.” CHILE (1910-1915)

## Introducción

En la segunda mitad del siglo diecinueve, el gobierno chileno comenzó un proceso de modernización que resultó en un incremento de las exportaciones, la construcción de obras públicas y en un incremento explosivo de la migración desde el campo a las ciudades, en particular Santiago y, hacia fines del siglo, las ciudades salitreras del norte (Huerta y Pacheco, 1988: 128-129). Sin embargo, esta modernización fue sólo en aspectos macroeconómicos, que no afectaron positivamente a la población que, paradójicamente, más cooperaba en este proceso modernizador: el obrero industrial. En la década de 1870, la marginalización y la pobreza comenzaron a ser visible para la élite debido en parte, evidentemente, a que mientras más rica la élite era, más clara era la distancia con las otras clases sociales (Romero, 1997, 165-185). Así, hacia fin de siglo, cuando la industrialización además ponía de manifiesto la contradicción entre los cambios sociales y las limitaciones de la participación política de los sectores populares, la Cuestión Social resultó en una crisis mayor que tanto el gobierno como la clase dirigente no fueron capaces de enfrentar en un comienzo. Para la elite, la Cuestión Social representó la horrible posibilidad de terminar con el orden social tradicional que sustentaba su poder desde tiempos coloniales. Para los pobres, era el símbolo de la injusticia. Adicionalmente, grupos comunistas y socialistas comenzaron a propagar sus ideas entre los sectores populares ofreciendo una solución al sufrimiento de la población, causando alarma en la clase dirigente chilena, que veía con temor que el orden social jerárquico y tradicional, se veía amenazado por nuevos grupos sociales que demandan solución a sus problemas.<sup>1</sup> Incluso más, la Cuestión Social ayudó a formar en la elite y sectores intelectuales la sensación de una “declinación nacional” (Collier y Sater, 1996, 183).

En este contexto, la presión de los sectores populares por mejorar su condición— con el apoyo de grupos socialistas y anarquistas— creció rápidamente. Entre 1888 and 1925 hubo 1.028 huelgas. (Barrera, 1971: 125-134), siendo la mayoría de ellas

---

<sup>1</sup> Nos referiremos en este artículo a una definición socio-económica de la “cuestión social,” tomando como referencia la ya clásica definición de James Morris: “la totalidad de [...] consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la industrialización y urbanización nacientes: una nueva forma dependiente del sistema de salarios, la aparición de problemas cada vez más complejos pertinentes a vivienda obrera, atención médica y salubridad; la constitución de organizaciones destinadas a defender los intereses del nuevo “proletario”; huelgas y demostraciones callejeras, tal vez choques armados entre los trabajadores y la policía o los militares, y cierta popularidad de las ideas extremistas, con una consiguiente influencia sobre los dirigentes de los amonestados trabajadores” (Morris, 1967: 79).

terminadas violentamente por el gobierno. Por ejemplo, en 1903 la huelga de los trabajadores del puerto de Valparaíso terminó con 32 trabajadores muertos y 84 heridos; y otra huelga en Antofagasta en 1906 dejó cien trabajadores fallecidos (Grez Toso, 1995: 63). La Iglesia Católica fue un actor relevante en este escenario. Como parte de la clase dirigente, pero al mismo tiempo como una institución que propugnaba el amor al prójimo, se vio en la necesidad de entregar una respuesta a las demandas obreras, pero al mismo tiempo sin modificar el *status quo* en el cual la clase dirigente ostentaba su poder. Debe considerarse también que el proceso secularizador que el Estado chileno experimentaba desde mediados del siglo XIX -que trasladó la religión desde el espacio público a la conciencia privada de las personas- hizo que la Iglesia Católica viera en la cuestión social una oportunidad para mantener presencia en el espacio público. En esta ponencia, me centraré en el análisis del pensamiento en torno a la cuestión social de dos sacerdotes de la jerarquía eclesiástica chilena: Martín Rucker (1867-1935) y José María Caro (1866-1958). Ellos fueron elegidos por no sólo ser representantes del espíritu de defensa del orden social cristiano, sino también porque, siendo ambos miembros de la jerarquía eclesiástica de la época, los dos tienen particularidades que los destacan en el conjunto. Rucker se destacó por su incansable labor de propagación del catolicismo en conferencias dadas principalmente a sociedades obreras, y Caro por su brillante carrera eclesiástica a pesar de su origen campesino. El actuar de ambos, así como también el del resto de la Iglesia católica chilena, se enmarca dentro de las directrices emanadas desde el Vaticano a partir de la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII en 1891, considerada el documento fundador de la doctrina social católica. Comenzaremos con una breve referencia a los contenidos de esta encíclica y su recepción en Chile. A continuación, entregaré reseñas biográficas de Rucker y Caro, para luego centrarme en el pensamiento social de los dos sacerdotes estableciendo sus similitudes y diferencias. En el caso de Rucker, me basaré en las conferencias dadas por Rucker en la primera mitad de la década de 1910 a diversas sociedades obreras y publicadas en tres tomos con el título de *Conferencias Populares*. Para el caso de Caro, me remitiré al estudio de los primeros tres años del semanario *La Luz* (1912-1915), fundado por el sacerdote mientras era Vicario de Tarapacá, en el norte de Chile, escribiendo él la mayoría de sus artículos. Estudiaré la definición de “cuestión social” que ambos manejaban y la solución que proponían para terminar con ella, destacando el rol educativo de la religión y la importancia de las asociaciones mutuales. También mostraré que el pensamiento

social católico que ellos representan es muestra también de las ideas paternalistas y jerárquicas de organización social propias de la Iglesia católica.

### **La Encíclica Rerum Novarum**

La encíclica parte diagnosticando el problema social que aqueja a los países que están experimentando la industrialización:

Los adelantos de la industria y de las artes, que caminan por nuevos derroteros; el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros; la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría; la mayor confianza de los obreros en sí mismos y la más estrecha cohesión entre ellos, juntamente con la relajación de la moral, han determinado el planteamiento de la contienda (León XIII, 1891).

No hay referencia al socialismo como causante primario del sufrimiento de los obreros, sino que “el tiempo fue insensiblemente entregando a los obreros, aislados e indefensos, a la inhumanidad de los empresarios y a la desenfrenada codicia de los competidores” (León XIII, 1891). Según el pontífice, el socialismo es una de las soluciones existentes para terminar con los problemas, aunque el remedio es más nefasto que la enfermedad, puesto que a través del incentivo a la lucha de clases y de la supresión de la propiedad privada, lo único que se lograría sería “perjudicar a las propias clases obreras” (León XIII, 1891). El rol del Estado, en este contexto, debe darse sólo cuando algún miembro de la sociedad, ya sea rico o pobre, recibe un trato no acorde con la justicia distributiva, como por ejemplo que “la clase patronal oprima a los obreros con cargas injustas o los veje imponiéndoles condiciones ofensivas para la persona y dignidad humanas; si daña la salud con trabajo excesivo, impropio del sexo o de la edad (León XIII, 1891); o también las amenazas de las huelgas u otros tumultos populares y el relajamiento moral de las familias y alejamiento del cumplimiento sus deberes religiosos. Pese a todos estos posibles escenarios donde el Estado está llamado a actuar, según León XIII, la acción del Estado no debe “ir más allá de lo que requieren el remedio de los males o la evitación del peligro”. Por ello, continúa la encíclica, la verdadera solución sólo puede venir desde la Iglesia, pues sólo ella “puede grandemente arreglar entre sí y unir a los ricos con los proletarios, es decir, llamando a ambas clases al cumplimiento de sus deberes respectivos y, ante todo, a los deberes de justicia”.

Para la existencia de una sociedad ideal, donde no haya cuestión social, tanto obreros como patronos tienen que cumplir con sus deberes. Los primeros deben, entre otros, cumplir su contrato de trabajo siempre y cuando éste haya sido fijado con libertad

y en justicia, no ofender a los patrones ni dañar el capital y no defender sus derechos de forma violenta ni dejarse convencer por sediciosos con tal fin. La huelga, de hecho, se entiende que sólo se da cuando es por efecto de la influencia socialista o anarquista. Los patrones, por su parte, deben cumplir con dar un salario justo a sus trabajadores, lo cual significa que debe alcanzar para cubrir los gastos de la vida y, además, ahorrar para el futuro. Además, debe no tratarlos como esclavos o abusar de ellos “como de cosas de lucro”. Ello significa que no puede cargársele trabajo que no pueda hacer de acuerdo a su edad y sexo y respetar la jornada laboral, pero también que debe tener espacios “de tiempo idóneo para atender a la piedad” para lo cual se recalca la importancia del respeto del descanso dominical y de las festividades religiosas.

Finalmente, la Encíclica recomienda tres mecanismos para enfrentar la cuestión social: la fundación de patronatos y la creación de sociedades de socorros mutuos y de sociedades de obreros. Se les daba especial preferencia a éstas últimas por ser consideradas como una moderna versión de los gremios medievales que fueron disueltos por la Revolución Francesa. Los objetivos de toda asociación son tanto materiales como espirituales, pero León XIII pone hincapié en la importancia del cultivo espiritual de los obreros, dada, a su vez, la preponderancia de la trascendencia de la vida por sobre el bienestar terreno. Por ello, la igualdad está definida por la cualidad de ser todos hijos de Dios y las diferencias están dadas por las “naturales” diferencias de los seres humanos.

La historiografía ha enfatizado la buena recepción que la *Rerum Novarum* habría tenido en Chile de parte de la Iglesia Católica chilena (Huerta, 1991; Valdivieso, 2006). Mariano Casanova, arzobispo de Santiago en 1891, publicó una pastoral para dar a conocer la Encíclica y mandó a hacer una edición de 5.000 ejemplares de la *Rerum Novarum* especialmente dedicada a los obreros (Barrios, 1987: 96). Sin embargo, no se ha reparado en que el texto de la pastoral defiere en un importante punto de lo postulado por la encíclica: sostiene que ella es un relevante documento contra la ideología socialista, pero nada dice que el diagnóstico que realiza la *Rerum Novarum* de la empobrecida situación de los obreros tiene como causa al capitalismo desenfrenado: “En esta situación, León XIII hace oír su palabra en medio de la tempestad social para indicar a pueblos y gobiernos dónde se encuentra el único remedio que puede curar la llaga mortal del socialismo” (Casanova, 1891).

### **Martín Rücker**

Martín Rücker Sotomayor nació el 26 de enero de 1867 en Santiago de Chile.

Debido al trabajo de su padre, comerciante alemán en Valparaíso, la familia se mudó a esa ciudad. Allí, asistió al Instituto Comercial Alemán y, posteriormente, al Seminario San Rafael, siendo ordenado sacerdote el 20 de diciembre. Entre 1899 y 1906, fue profesor en el Seminario de geografía, inglés, religión, lógica, metafísica, latín, fundamentos de la fe, y teología dogmática. Cuando Juan Ignacio González Eyzaguirre, futuro Arzobispo de Santiago, fue nombrado rector del Seminario, él y Rücker comenzaron una larga y profunda relación basada en su común interés por las condiciones de los pobres (Rhode, 1966: 7). En noviembre de 1906, Rücker fue nombrado Vicario Apostólico en Tarapacá, en el norte de Chile, donde fue uno de los más entusiastas sacerdotes en la promoción de la Doctrina social católica. Promovió sociedades mutuales como la llamada “Orden Social de Tarapacá”, y el Centro Cristiano de Iquique (Cárdenas, 1985: 49-50); trajo dos nuevas órdenes religiosas -Redentoristas y franciscanos- para ayudar en el trabajo social que ya realizaban los salesianos. Durante su estadía en la provincia de Tarapacá, Rücker habría sido testigo directo de una de las más violentas represiones de obreros: la Matanza de Santa María de Iquique. Aunque recientes investigaciones han cuestionado su efectiva participación en el evento (Donoso, 2009, 66-67). En 1908 decidió renunciar y emprendió su segundo viaje a Europa, aprovechando además de visitar Asia y África. Sólo después de volver a Chile en 1911, entregó oficialmente el Vicariato a su sucesor, José María Caro. En 1910 Rücker fue nombrado Vicario General de Santiago donde continuó su trabajo social. Una vez en Chile, cooperó en la creación de asociaciones de trabajadores, trabajó duro para difundir entre los obreros la Encíclica *Rerum Novarum*, y publicó varios artículos en la prensa sobre doctrina social de la Iglesia. También dio muchas conferencias que fueron publicados en tres volúmenes, tanto en Santiago como en Barcelona, bajo el nombre *Conferencias Populares* entre 1912 y 1915. Dado que el Arzobispo de Santiago, Juan Ignacio González, era de avanzada edad lo que le impedía cumplir sus obligaciones a cabalidad, Rücker se convirtió en su más activo asistente.

Rücker dejó el Vicariato en 1914 para ser Rector de la Universidad Católica. Allí, fundó la *Revista Universitaria*, el *Centro de Estudios Sociales*, el curso de Economía Social (cuyo profesor era Juan Enrique Concha) y las *Conferencias de San Vicente de Paul* que tenía como propósito visitar escuelas, dar conferencias en reuniones de obreros y enseñar en escuelas nocturnas (Cárdenas, 1985: 55). Rücker decía, respecto de estas actividades: “Convencido de la importancia de estas instituciones complementarias al trabajo educacional de la Universidad, he tratado cada

vez que he podido, de alcanzar y dejar en el alma de los estudiantes, algunos conocimientos útiles” (Caiceo, 1988: 116-117). En 1921, se vio obligado a renunciar, de acuerdo a algunos historiadores, debido a sus ideas sociales, consideradas demasiado progresistas por algunos conservadores en la Universidad. Sin embargo, no hay consenso entre los historiadores. Mientras Cárdenas afirma que “las fuerzas conservadoras opusieron resistencia a las ideas de cambio social” (Cárdenas, 1985:55), Krebs sostiene que no pareciera ser que Rucker quisiera hacer cambios en la Universidad; más aún, opina que se aprecia una continuidad en el trabajo de todos los rectores de la Universidad del período. Continúa afirmando que, de acuerdo a las fuentes, parece ser más plausible el hecho de que el problema haya sido una divergencia personal entre el nuevo Arzobispo de Santiago, Crescente Errázuriz y Rucker, ambos con fuertes personalidades. Más aún, Rucker habría deseado tener alguna independencia del Arzobispo en su trabajo en la Universidad (Krebs, 1994: 125). Este problema afectó bastante a Rucker y decidió viajar otra vez a Europa. Esta vez fue por un largo período de tiempo. Dejó Chile en febrero de 1920 y regresó cuatro años después, en enero de 1924. Estuvo en España, Alemania, Bélgica, Inglaterra, Italia, Egipto y Tierra Santa (Cárdenas: 1985: 57). En abril de 1923, Rucker fue nombrado Obispo de Mariamés (no encargado de diócesis), y también Gobernador Eclesiástico de Chillán, en el sur de Chile. En 1926, Chillán fue elevado a Obispado y Rucker fue nombrado como su primer Obispo. En su primera pastoral, delineó sus objetivos: protección de la familia y la juventud, y enfatizó que “estaremos encargados de la cuestión social en particular” (Cárdenas, 1985: 61). Como supervisor de un nuevo Obispado, Rucker tuvo que realizar un gran trabajo administrativo para organizar la diócesis. Fundó más parroquias; organizó las finanzas del obispado; y creó una nueva sección en el Seminario de la ciudad. Para propagar el catolicismo, visitó la diócesis cuatro veces durante los once años que estuvo a cargo del Obispado, estando al menos tres días en cada parroquia: organizó congresos Eucarísticos en casi todas las parroquias de la diócesis; y escribió veintisiete pastorales sobre los más diversos temas y muchos artículos en periódicos de Chillán (Cárdenas, 1985: 63-64). Cuando estaba haciendo la misa que clausuraba el Congreso Eucarístico de 1934 el día de Navidad, Rucker se contagió de bronconeumonía porque la capilla donde celebró la misa estaba aún sin terminarse y no tenía techo aún. Rucker fue hospitalizado y murió el 6 de enero de 1935.

### **José María Caro**

La vida de José María Caro llama la atención por ser un caso excepcional dentro



de la jerarquía católica chilena debido a su humilde origen. Nació en junio de 1866 la provincia de Colchagua. Al contrario del resto de la jerarquía católica de entonces, su origen familiar es bastante humilde. Nació en el campo, en la provincia de Colchagua, donde su padre era administrador de una hacienda. Dada la lejanía de su casa con una escuela, se trasladó a vivir con sus abuelos paternos para poder asistir a una escuela rural. Su afición al estudio y a la religión lo hizo destacarse. Por eso, a la edad de 15 años, fruto de contactos con su abuelo con algunos sacerdotes de la zona, Caro fue admitido en la sección San Pedro Damiano del Seminario de Santiago con una beca para solventar los gastos. Esta sección estaba destinada a los niños pobres, lo que provocaba algunos roces con los estudiantes de la otra sección, según recordaba el mismo Caro (Mönckeberg, 1984: 16-17). Pese a ello, algo habrán visto los profesores del Seminario en él, ya que fue uno de los dos estudiantes elegidos para terminar su formación sacerdotal en el Colegio Pío Latinoamericano, en Roma, ordenándose en 1890, siendo los primeros chilenos en ser enviados allí. Luego, obtuvo un doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma en 1891. Pese a una salud bastante frágil debido a problemas pulmonares, la carrera de Caro fue siempre ascendente desde su regreso a Chile: comenzó a hacer clases en el Seminario, atender diversas capellanías, y cooperar en el Centro de la Buena Prensa. Además, en la primera década del siglo XIX, escribió en *La Revista Católica*, estando a cargo en exclusividad en algunas ocasiones de la sección social de dicha publicación.

Su ascenso en la jerarquía eclesiástica comenzó en 1911 cuando fue nombrado Vicario de Tarapacá. Su nombramiento es un ejemplo del afán de la Iglesia Católica de impulsar el catolicismo en la zona y también era muestra de la romanización de la Iglesia Católica latinoamericana impulsada desde el Vaticano (Krebs, 2002). Las credenciales obtenidas en Italia y en Chile, empero, no hicieron que la tarea de Caro en Iquique fuese fácil. El ambiente secularizador y laicista de Iquique no era propicio para un posicionamiento “público” de la religión católica<sup>2</sup>. Su llegada a la ciudad obtuvo un casi total menosprecio de parte de la prensa de Iquique y casi no hubo autoridad que asistiera al puerto a recibirlo. Durante sus años en Iquique, desplegó una intensa actividad de divulgación de la fe católica y de lucha contra socialistas y masones. El

---

<sup>2</sup> Con estos términos no nos referimos a un declive de la religión católica como fe en el ámbito privado, pero sí a una pérdida de su lugar en el espacio público. Como afirma Sol Serrano, “La secularización del Estado se había realizado en contra de la Iglesia, pero el catolicismo había construido estas nuevas prácticas políticas y sociales para reacomodar su espacio. [...] La privatización del catolicismo era también su publicidad moderna” (Serrano, 2008, 343).

reconocimiento a su labor llegó en 1925 cuando fue nombrado Obispo de La Serena, ciudad ubicada a 475 kilómetros al norte de Santiago. Allí también le tocó lidiar con fuerzas anticlericales, al punto de que el incendio que afectó al obispado en 1936 (y que lo despojó de todas sus pertenencias, incluida su valiosa biblioteca) es considerado como un ataque de extremistas radicales, aunque el hecho nunca comprobado. Estuvo en la ciudad nortina hasta 1939, año en que dio el gran salto y fue nombrado Arzobispo de Santiago. En 1945 es nombrado Cardenal, siendo el primer chileno en alcanzar tan alto cargo. En lo que parecía ser un karma en su vida, sus años al frente del Arzobispado de Santiago coincidieron en gran parte con los años en que el Partido Radical gobernó el país. Sin embargo, mantuvo relaciones amistosas con los tres gobiernos de la época. A ello, sumó su labor, constante en su carrera, de expandir la religión católica en el espacio público chileno; por ejemplo, dio gran impulso a la construcción del Templo Votivo de Maipú, encomendado a la Virgen del Carmen y que conmemora la “Batalla de Maipú” de 1818 con la que se consolidó la independencia chilena. Con gran aprecio de sectores amigos y no tan amigos, José María Caro falleció en 1958, en Santiago. Tenía 92 años.

### **Definición de cuestión social**

Los artículos de análisis en torno a la cuestión social desde el punto de vista de la doctrina social católica, son relativamente pocos en *La Luz*, el semanario creado por Caro en Iquique en 1912. El problema principal que identifica el semanario es el socialismo, si bien hay referencias a la pobreza de los sectores obreros y a la dureza de sus trabajos, no hay ninguna referencia que condene la actitud de los patrones en estos años. Entre los números 9 y 11, por ejemplo, *La Luz* trató el tema de la relación entre “los frailes” y los obreros y el pueblo. En esos artículos, la cuestión social se define como un problema religioso y no social, y en cuya solución interfiere grandemente el socialismo, pues desvía a los trabajadores de sus deberes para con la religión y atentando así contra el orden social cristiano. Según el articulista de *La Luz*,<sup>3</sup> las cuestiones sociales “no son cuestiones porque el tratar de si los ricos y poderosos han de tener caridad para con los pobres, y estos han de respetar a los ricos, no es tal cuestión

---

<sup>3</sup> No es posible afirmar respaldados por fuentes, quiénes eran los redactores de *La Luz*. Según Vanherk, él apuesta porque Caro era el que redactaba la mayoría del semanario en sus comienzos. Lo seguimos, pero sólo en el caso específico de estos tres artículos publicados entre los números 9 y 11 dado que el articulista se explaya en el último de ellos sobre la labor realizada por don Bosco, por quien Caro tenía una profunda admiración, según consta en su autobiografía (Caro, 1968, 33).

ni nada que merezca el nombre de social”<sup>4</sup>. La cuestión social vendría siendo una cuestión religiosa, pues se trataría de vivir correctamente como cristiano: “Se trata ni más ni menos de si el Evangelio ha de ser cumplido o no”.

Rücker, en cambio, aunque concuerda que la cuestión social está finalmente explicada por la decadencia del sentimiento religioso tanto en ricos como en pobres, enfatiza la importancia del “antagonismo de las clases sociales; es decir, la lucha entre la parte dirigente y la parte dirigida” (Rücker, 1915: 50) como característica básica de la cuestión social. El “descuido del deber religioso” trae como consecuencia en los ricos “falta de caridad, exceso de egoísmo, anhelos exagerados por adquirir bienes de fortuna, amor peligroso al lujo y las comodidades de la vida, estrechez del alma para amar al prójimo, oscurecimiento del concepto de justicia, olvido de toda caridad”. En los ricos, la falta de religión se traduce en “terquedad inconveniente, apartamiento de aquellos recuerdos que suavizan la vida mediante la dulce esperanza cristiana, facilidad para oír hablar sólo de derechos y nunca de deberes, prontitud para dejarse dominar del odio” (Rücker, 1915: 52). La industrialización también coopera a la cuestión social al haber tantas máquinas que reemplazan el trabajo del obrero (Rücker, 1915: 53). Finalmente, el fin de los gremios –causa social- también habría contribuido al desarrollo de la cuestión social. “La historia nos habla de cómo la Iglesia ha favorecido al obrero, de cómo instituyó para él cofradías y gremios en donde hallaron los pobres su bienestar, su porvenir, su paz y su vida asegurada” (Rücker, 1915: 191).

De ahí que se desprenda que la preocupación principal de ambos clérigos sea que el obrero deje de lado la religión y siga las nuevas ideologías basadas en “el odio y el despecho”. Así se explica, por ejemplo, que al comentar un informe de la Oficina del Trabajo<sup>5</sup> que estudiaba las condiciones de vida y de trabajo de los obreros en la provincia de Tarapacá, *La Luz* comenzara por quejarse que pese a lo detallado del estudio –lo define como “minuciosa investigación”- no hay referencia alguna a la situación religiosa de la población obrera de la provincia. Elemento de vital importancia para el semanario, pues explicaría la razón de la situación actual de la provincia. La falta de religiosidad de sus habitantes estaría en directa relación con la pobreza. No hay referencia a la influencia del capitalismo en el sufrimiento de la clase obrera, pero sí hay críticas a los radicales quienes, según *La Luz*, se vanagloriaban de la irreligiosidad de la

---

<sup>4</sup> “Los frailes y los obreros”. *La Luz*, Año 1, N° 9, Iquique, 29 de diciembre 1912.

<sup>5</sup> Oficina gubernamental, antecesora del Ministerio del Trabajo, creada en 1907. Para más detalles en torno a su origen, ver Yáñez, 2008.

región.

Por su parte, Rücker, aunque reconoce la importancia de la lucha contra las doctrinas socialistas, al mismo tiempo asevera que “entre nosotros aún no ha tomado ese sesgo tan marcado la cuestión social,” como sí ha ocurrido en Europa. En Chile, se estaría en los primeros estados de un desarrollo de las fuerzas socialistas y, por ello, se hacía necesario “impedir que nuestro pueblo se deje engañar por el falso brillo del Socialismo; y para conseguir ese objeto es preciso que se conozcan bien las pretensiones y las reivindicaciones socialistas.” Rücker termina su alocución llamando la atención que, aunque muchas de las reivindicaciones socialistas son justas, son muchas más las injustas (Rücker, 1912: 177). Sin embargo, las menciones al peligro socialista no son tantas como sí lo hace Caro, sino más bien que comparten lugar con los problemas entre patrones y obreros, y repara que aunque ambas clases existen por voluntad divina (“el poder patronal y el poder obrero [s]on dos potencias que se entienden mutuamente, y que mediante contratos o cuasi-contratos estipulan las condiciones del trabajo” (Rücker, 1912: 83)), el problema surge cuando el equilibrio entre ambas se rompe: Este equilibrio, “La voluntad humana, torcida por las pasiones, lo atropella sin cesar, e introduce en los dos campos en que se desarrolla la economía social graves trastornos, dando por resultado el antagonismo más lamentable entre el capital y el trabajo (Rücker, 1912: 153).”

En cambio, en *La Luz* se menciona sólo una vez El artículo de *La Luz* es una de las pocas, si no la única ocasión en que *La Luz* se refiere, aunque indirectamente, sobre la responsabilidad de los patrones en la situación de la clase obrera: “¿Habría desigualdad en los contratos? ¿Habría injusticia en las relaciones entre patrones y obreros, estando por ambos lados bien penetrados de la doctrina católica sobre esas relaciones? No las habría”<sup>6</sup>.

No obstante esta diferencia, ambos concluyen, que con una práctica sincera de los principios cristianos, la cuestión social no existiría: “el obrero nunca ha sido más desgraciado que cuando se ha apartado de las enseñanzas divinas, y nunca ha sido más feliz que cuando ha desarrollado las múltiples manifestaciones de su actividad, a la sombra de [...] la santa Iglesia Católica *La Luz*, Año 1, N° 36, Iquique, 8 de julio 1913” (Rücker, 1912: 31). En un artículo de julio de 1913, *La Luz* afirma la necesidad del catolicismo para revertir todo tipo de males sociales:

---

<sup>6</sup> *La Luz*, Año 1, N° 36, Iquique, 8 de julio 1913.

¿Qué sucedería si todos los hombres fuesen católicos prácticos? ¿Habría malos padres de familia? ¿Malos hijos? ¿Malas o esposas madres? No. ¿Habría embriagueces, juegos delictuosos, riñas, peleas? Tampoco. ¿Habría gentes de mal vivir? ¿Habría prostíbulos? ¿Casas para envenenar la sangre humana y hacer infelices a los hombres? Ciertamente que no. ¿Habría robos? Tampoco. Y si no hubiera delito, ¿habría necesidad de cárceles? Claro que no. ¿Tendrían qué hacer los jueces del crimen? No, por cierto<sup>7</sup>.

Por ello, Rücker no duda en concluir que “La Iglesia ha resuelto la cuestión social, y por eso a la Iglesia debemos dirigirnos en demanda de consejo” (Rücker, 1912: 153).

### **Solución a la cuestión social**

En términos prácticos, hacer que el obrero vuelva al alero de la iglesia católica se traduce en el despliegue de una actividad educativa del obrero a través de conferencias, la prensa y, sobretudo, asociaciones católicas. “Nada es más necesario al pueblo que la ilustración en todos aquellos puntos que se relacionan con la cuestión obrera de un modo directo e indirecto” (Rücker, 1912: 3) Rücker dice al presentar los tres tomos de sus conferencias populares. Ellas tienen por objetivo, prosigue, “dar alguna luz al obrero en la enmarañada cuestión social” (Rücker, 1912: 31). Pero el objetivo específico, como se desprende de su conferencia ante la Federación de Obras Católica, es lograr que los obreros no sean cooptados por doctrinas anti-religiosas que se aprovechan de que no haya “espíritu de cultura en un gran número de nuestros obreros” y no piensen por sí mismos: “Si ese pueblo conociera por sí mismo lo que son los problemas sociales, y fuera capaz de hacer la crítica de las enseñanzas que les prodigan esos famosos apóstoles, que sólo saben adular para sacar medro personal de sus adultos” (Rücker, 1912: 8-9).

En el caso de Caro, apoyó fuertemente la realización de conferencias para los obreros. Para ello creó el Centro de Estudios en junio de 1913 y en él se daban conferencias científicas, históricas y sociales que tuviesen relación con la religión católica, pues su objetivo era ventilar “las cuestiones de las cuales se hace arma contra ella”<sup>8</sup>. Las reuniones, con entrada gratuita, eran generalmente en la Vicaría y pese a que estaban invitados “todos los católicos que deseen formar parte de este importante centro”, cinco semanas después de su fundación, se especificaba que “de un modo

---

<sup>7</sup> *La Luz*, Año 1, N° 36, Iquique, 8 de julio 1913.

<sup>8</sup> *La Luz*, Año 1, N° 34, Iquique, 22 de junio 1913, 3.

especial se invita a los obreros”.<sup>9</sup> Algunas conferencias fueron: “Un Cuadro de la Ciencia Humana”, “La Generación Espontánea”<sup>10</sup>, “La creación de la Luz”, “Relaciones entre los Obreros y la Burguesía”<sup>11</sup>, “El Darwinismo (origen del hombre)”, “La condición de los Obreros en la provincia”<sup>12</sup>. Los conferencistas eran sacerdotes o laicos comprometidos con el ideal de instrucción del obrero. Pero destacan entre ellos la del carpintero Ángel Sotomayor, con su conferencia “La condición de los Obreros fuera del Cristianismo y en él” y la del padre Claudel sobre la condiciones labores de los mineros del carbón. Ya sean filosóficas o cercanas a la realidad obrera (aunque sólo se publicaron los títulos y nunca los contenidos de ellas), las conferencias respondían al ideal de la Iglesia de instruir al obrero y, al mismo tiempo, alejarlo de las ideas socialistas.

Respecto al rol de la prensa, el semanario *La Luz* fue una de los medios que José María Caro consideró que mejor podía ayudar a su trabajo evangelizador. “He mostrado siempre tanto interés por las publicaciones católicas, pues sé de la eficacia de la hoja leída”, diría 44 años después a propósito de la creación del semanario (Vanherk, 1963: 154). En su primer número, también establece que la “buena prensa” debe: “Combatir el mal con el bien, la mala doctrina con la buena doctrina, la mala propaganda con la buena propaganda. Esto haremos y mereceremos bien de la Patria”. De hecho, *La Luz* ocupó la mayoría de sus páginas respondiendo ataques de sectores socialistas y radicales que no veían con buenos ojos procesiones por las calles de Iquique cuando se celebraba alguna fiesta religiosa o que criticaban cuando un sacerdote se negaba a bautizar un niño si algún padrino no era católico o no tenía los sacramentos, o sólo estaba casado por el civil y no por la Iglesia. Grandes diatribas se producían también sobre la libertad de instrucción. En la “Circular reservada dirigida a los señores párrocos y demás sacerdotes de Tarapacá”, del 1 de enero de 1913, Caro alienta a los sacerdotes de la provincia para poner todo de su parte para la difusión de *La Luz* y conseguir, además, apoyo monetario para su publicación: “Espero que los Sres. Sacerdotes hagan todo el empeño posible, a fin de conseguir que esa hojita penetre en todos los hogares.” Insta a los sacerdotes a obtener suscripciones para el semanario o al menos que se promueva el apoyo monetario a la “Alcancía de la Buena Prensa” y, si fuese necesario, acudir a los

---

<sup>9</sup> *La Luz*, Año 1, N° 40, Iquique, 3 de agosto 1913. La invitación a los obreros se repite en los números 42, 48 y 59 del semanario.

<sup>10</sup> *La Luz*, Año 1, N° 42, Iquique, 17 de agosto 1913.

<sup>11</sup> *La Luz*, Año 1, N° 44, Iquique, 31 de agosto 1913.

<sup>12</sup> *La Luz*, Año 1, N° 48, Iquique. 28 de septiembre 1913.

vecinos más pudientes del poblado. También pide que lo mantengan informado de la cantidad de copias del semanario que se podrían repartir. (Caro, 1913).<sup>13</sup>

Rücker, por su parte, dedicó una conferencia exclusivamente al tema de la prensa. Para él, “el problema de la prensa es para nosotros (...) un problema de vida o muerte” (Rücker, 1915: 96). Identifica tres tipos de prensa: la prensa neutra, la mala prensa y la buena prensa. Ésta última, por supuesto, sólo es tal cuando es católica. La neutra, al no demostrar afectación religiosa alguna, es tan nefasta como la mala prensa, puesto que al no reconocer ninguna doctrina, no defender ningún ideal, y no luchar por ninguna causa, “concluye por arrojar sobre el espíritu las nieves del escepticismo, o por producir el fuego fatuo del racionalismo (...), causa un mortal envenenamiento en el alma, a la que arranca todo ideal y todo amor a la causa de Dios y de la Santa Iglesia” (Rücker, 1915: 99).

Finalmente, pero no menos importante, estaban las asociaciones católicas. Ellas eran, en realidad, la gran recomendación del Vaticano, como ya se vio, como remedio a los problemas sociales. Que el obrero vuelva a vivir en asociación es el gran objetivo de la doctrina social católica en este período. Como dice Rücker: “[L]a cuestión social será resuelta de un modo satisfactorio, si dais importancia al fomento de las sociedades de socorros mutuos, que tengan como base el espíritu cristiano” (Rücker, 1912: 155). Por ello, afirma Rücker, “Después de la escuela no ha de cesar la enseñanza [...]. En los círculos de obreros, en las sociedades de socorros mutuos, en los patronatos, en los centros de reunión, mucho puede hacerse” (Rücker, 1915: 163). Sobre todo, recomienda encarecidamente los círculos de estudio: “En todas las instituciones sociales, tanto de la clase elevada como de la clase trabajadora, hay que formar dichos círculos. En el seno de ellos no sólo ha de estudiarse aquello que tenga relación con los problemas de la sociología, sino también con la Religión.”

Caro, otra vez a través de las páginas de *La Luz*, daba amplia cabida a las actividades de las asociaciones mutuales: las Sociedades de San Gerardo y Santa Filomena. La cobertura del semanario a ellas se centraba en dar cuenta del funcionamiento de las sociedades: citaciones a reuniones de socios, fiestas de la sociedad y publicar los nombres de quienes componían los directorios de las sociedades luego de cada elección. Los objetivos de las sociedades apuntaban, ciertamente, al bienestar obrero, pero por sobre todo, a alejar a los trabajadores del socialismo. Como

---

<sup>13</sup> La circular está reproducida en Vanherk, 167-175. La cita es de la página 174.

dice *La Luz* sobre la Sobre Sociedad de San Gerardo, fundada en junio de 1913:

No hay ventaja alguna temporal honesta, que el obrero no pueda alcanzar, con ventaja, conservando sus creencias religiosas, es decir, fuera del Socialismo. Ahí están para demostrarlo los obreros de la católica Bélgica, que han alcanzado el mayor grado de ilustración y de prosperidad económica, luchando contra el Socialismo y la Masonería. Los católicos pueden también asociarse en esta provincia, y desde luego tienen la Unión Social de S. Gerardo o el Orden Social, donde encontrar las mismas ventajas que en cualquier Sociedad de Socorros Mutuos y sin tantas contribuciones como en las organizadas por el Socialismo<sup>14</sup>.

### **Paternalismo y Jerarquía Social**

Hay una idea que subyace la práctica de cualquiera de estos tres caminos de solución de la cuestión social. Tal es la pervivencia de elementos culturales –heredados del período colonial- que formaban la definición católica de sociedad y su organización. El catolicismo en general, y en especial el chileno, seguía funcionando con elementos culturales que iban en contraposición con elementos modernos como la creencia en el individuo como un ser autónomo. Uno de estos elementos culturales es la resignación ante la pobreza que la Iglesia católica valora en tanto el sufrimiento de la vida terrena permite alcanzar el cielo en la vida eterna. José María Caro señalaba: “Los frailes se pasan la vida diciendo a los ricos ‘Dad a los pobres, favoreced al débil; sed misericordiosos con el desgraciado’. Y a los pobres ‘Tened paciencia en vuestro estado; mirad mucho al cielo y poco a la tierra, ved a Dios escogiendo la pobreza en el portal de Belén adornarse con ella mientras vivió en la tierra’”<sup>15</sup>. Rücker repara en que la vida terrena no tiene por qué ser sinónimo de felicidad: “La felicidad perfecta no vendrá nunca durante esta vida a nosotros. [...]. El sufrimiento es la herencia que recogió la humanidad en sus albores, y el sufrimiento se ha ido transmitiendo de siglo en siglo a todos los pueblos” (Rücker, 1915: 65-66).

La resignación ante la pobreza de la vida terrena se relaciona, a su vez, con el ideal paternalista y de jerarquización social de la Iglesia Católica. El orden social cristiano es aquel que respeta las jerarquías sociales. Los pobres deben ser ayudados en la medida que esa ayuda les hace dejar atrás la miseria, pero no subir en la escala social. La caridad hacia el pobre, además, también ayuda a mantener a raya los conflictos sociales: “Es pues sencillo, claro y lógico que lo que hay que hacer es que los pobres se

---

<sup>14</sup> “Advertencia”. *La Luz*, Año 1, N° 47, Iquique, 21 de septiembre 1913.

<sup>15</sup> “Los frailes y los obreros”. *La Luz*, Año 1, N° 9, Iquique, 29 de diciembre 1912.



acerquen a los ricos por medio del respeto cristiano, y los ricos a los pobres por medio de la caridad. Lo demás es palabrería vaga, suelo, utopía o disparate”<sup>16</sup>. A su vez, el discurso paternalista-jerárquico estaba basado en una definición de igualdad que iba de acuerdo con lo señalado por León XIII en la *Rerum Novarum*, según hemos visto más arriba. Para *La Luz*,

Es un hecho que todos los individuos cuya reunión forma un pueblo, son desiguales en fuerza física, en inteligencia y en talento, los unos han fortificado y hecho mayores facultades que otros han dejado en la inacción; [...]. Querer, pues, la igualdad absoluta y en todo, en la fortuna, en la posición social, en el trabajo, en el salario, es ir contra la naturaleza y el buen sentido<sup>17</sup>.

En el plano de las ideas, contribuye Rucker, todos podemos ser iguales, pero “en concreto, nuestros derechos son desiguales”. Y, más aún, esta desigualdad está dada por Dios, por lo cual “hemos de dar rendidas gracias a Dios” (Rucker, 1912: 183). Rucker hace la salvedad, no obstante, que cuando las desigualdades sociales producen un “áspero roce”, ello se puede remedir mediante leyes sociales que protejan al obrero: “La legislación social (...) de un modo especial debe cuidar de la tranquilidad del obrero y de que se cumplan, ante todo, las leyes basadas en la virtud de la justicia” (Rucker, 1915: 63). Aún así, el orden social no debe ser alterado; es más, las acciones en favor del obrero debiesen tener como móvil final la mantención de una organización paternalista de la sociedad: “Si el pobre mira al rico como patrono y protector, si en él reconoce un verdadero padre, no comprendemos cómo sea posible el odio entre el uno y el otro” (Rucker, 1925: 31).

### **Palabras Finales**

Las ideas de Martín Rucker y José María Caro no sólo representan un interés genuino, por cierto- por la cuestión social. La cuestión social, además, le daba a la Iglesia la oportunidad de una nueva forma de permanecer en lo público en vista de la secularización que el Estado y la sociedad chilena experimentaban desde mediados del siglo XIX. Como sostiene Sol Serrano, el catolicismo social no surge en Latinoamérica “con la ‘cuestión social’, sino con la readecuación del catolicismo en la construcción del Estado nacional liberal. Sería también su respuesta al socialismo” (Serrano, 2008: 344). De aquí, tal vez, el deseo de la Iglesia Católica chilena de conectar el problema obrero

---

<sup>16</sup> “Los frailes y los obreros”. *La Luz*, Año 1, N° 9, Iquique, 29 de diciembre 1912.

<sup>17</sup> “Libertad, Igualdad y Fraternidad”. *La Luz*, Año 1, N° 40, Iquique, 3 de agosto 1913.

con el socialismo y centrarse en las luchas con los radicales en vez de hacer hincapié en los excesos del capitalismo como se establece en la *Rerum Novarum*.

Como se vio, las sutiles diferencias entre Rucker y Caro tenían que ver con esto último. Mientras Rucker hacía notar tanto el peligro del socialismo como de algunas actitudes abusivas de los patrones al tratar sobre la cuestión social, Caro se centraba en una lucha contra el socialismo. Creemos que ello se debe a las circunstancias que debió enfrentar en Iquique. El norte de Chile, dada su alta población obrera relacionada a la explotación del salitre, era “uno de los principales núcleos del emergente proletariado industrial y temprano bastión de politización popular” (Pinto, 1997, 224). Su poblamiento reciente, además, habría tenido como consecuencia que los lazos paternalistas, propios de una sociedad poscolonial como Santiago por ejemplo, fuesen más débiles.<sup>18</sup> Estos elementos le daban a la sociedad tarapaqueña una característica distinta a la del resto del país, con mayor independencia de pensamiento, que, consecuentemente, hacía que la Iglesia desplegara formas más agresivas de defensa y convencimiento. Además, los años 1912 a 1915 coinciden con la estadía del dirigente socialista Luis Emilio Recabarren en la provincia de Tarapacá. Y según Julio Pinto, la llegada del dirigente “a Iquique parece haber dado el impulso definitivo para la politización de una ‘cuestión social’ que en ese territorio ciertamente bullía desde antiguo” (Pinto, 1999: 319). Luego de la huelga general de 1907 y de la matanza de Santa María de Iquique en diciembre de aquel año, la iglesia se tiene que enfrentar a una sociedad menos movilizadora, pero sí más politizada y con más conciencia de clase (Artaza, 1998: 225 y 2006: 20-21). Este escenario ayudaría a explicar, creemos, el afán de Caro de entrar en el debate político en torno al problema obrero y así, consecuentemente, defender la religión.

Pese a esta diferencia, tanto Rucker como Caro representaron el espíritu de defensa del orden social cristiano y mantención de él sin alterar su organización jerárquica.

a. Fuentes

*La Luz*, Iquique, 1912-1915

Rucker, Martín, (1912 y 1915), *Conferencias Populares*, Barcelona: Tipografía Católica. (Apellido y Nombre), año de edición entre paréntesis, título en cursiva, lugar: editorial

b. Bibliografía

Artaza Barrios, Pablo (1998), “El impacto de la matanza de Santa María de Iquique. Conciencia

---

<sup>18</sup> A esto hay que añadir, la fuerte religiosidad popular de la zona –criticada tanto por socialistas como por la Iglesia Católica–, y cuyo mejor ejemplo es la festividad de La Tirana.

de clase, política popular y movimiento social en Tarapacá”, *Cuadernos de Historia*, N°18, Santiago: Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile, pp. 169-227.

Artaza Barrios, Pablo (2006), *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912*, Santiago: Ediciones Escaparate.

Caiceo, Jaime, (1988), “El pensamiento educativo-social, en su vertiente católica en la primera mitad del siglo XX en Chile”, *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile* N° 6, Santiago: Centro de Investigaciones Socio-Religiosas, pp. 155-194.

Cárdenas, Robinson, (1985), “Martín Rucker, Primer Obispo de Chillán”, *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile* N° 3, Santiago: Centro de Investigaciones Socio-Religiosas, pp. 43-67.

Donoso, Carlos, (2009), “Escuela Santa María: Revisitando la matanza desde los documentos”, *Revista Ciencias Sociales* N° 22, Iquique: Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Arturo Prat, pp. 57-82.

Grez Toso, Sergio, (1995), *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, *Fuentes para la Historia de la República, volumen VII*, Santiago: DIBAM, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Huerta, María Antonieta y Luis Pacheco Pastene, (1988), *La Iglesia Chilena y los Cambios Sociopolíticos*, Santiago: Pehuén Editores.

Krebs, Ricardo, (1994), *Historia De La Pontificia Universidad Católica De Chile, 1888-1988*, Santiago: Ediciones Universidad Católica.

Krebs, Ricardo, (2002), *La iglesia de América latina en el siglo XIX*, Santiago: Ediciones de la Universidad Católica.

León XIII, (1891). “Rerum Novarum” ([http://www.vatican.va/holy\\_father/leo\\_xiii/encyclicals/documents/hf\\_l-xiii\\_enc\\_15051891\\_rerum-novarum\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html) revisado en 2013-02-15).

Mönckeberg, Guillermo, (1984), *Monseñor José María Caro Rodríguez 1939-1958. Séptimo Arzobispo de Santiago*, Santiago: Editorial Salesiana.

Morris, James O., (1967), *Las élites los intelectuales y el consenso. Estudio de la cuestión social y el sistema de relaciones en Chile*, Santiago: Editorial del Pacífico.

Pinto Vallejos, Julio, (1997), “¿Cuestión social o cuestión política? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia fines de siglo (1889-1900)”, *Historia*, N°30, Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 211-261.

Pinto Vallejos, Julio, (1999), “Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista”, *Historia*, N°32, Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 315-366.

Rhode, Virginia, (1966), *Monseñor Juan Ignacio González Eyzaguirre, el Arzobispo de los obreros*, Tesis (Profesora de Historia, Geografía y Educación Cívica), Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.

Romero, Luis Alberto, (1997), *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Buenos Aires: Sudamericana.

Serrano, Sol. (2008), *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*, Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Valdivieso, Patricio, (2006), *Dignidad Humana y Justicia: la historia de Chile, la política social y el cristianismo 1880-1920*, Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Vanherk Moris, Juan, (1963), *Monseñor José María Caro. Apóstol de Tarapacá*, Santiago: Editorial del Pacífico.